

VI

MUJER DE DÍA Y MUJER DE NOCHE.

El joven Eudeline creía estar en un camarote de un *steamer* en ruta para las Indias. Llegaban con un tiempo duro, de recio viento y altas olas, y todo el mundo se apresuraba á desembarcar. No quedaban ya á bordo más pasajeros que él, voluptuosamente envuelto en las sábanas de su cama de la que no podía arrancarse, y Genoveva, completamente vestida, agitándose á su alrededor, suplicándole que se levantara, enseñándole las cámaras abandonadas y las escotillas desiertas y tan furiosa por su pereza, la querida *tita*, que se marchó cerrando con estrépito la puerta del camarote.

Ese ruido, producido en realidad por el roce de una persiana mal cerrada, despertó á Raimundo el día siguiente por la mañana, y durante algunos minutos, en el fondo de aquella gran cama en la que se despertaba por primera vez, sus ojos espantados trataban de recordar la verdadera localización de los sitios, de reconocer aquella alcoba de color de rosa, más larga que ancha, y delante de él, en el frente del cuarto tocador, la ventana redonda del chafán, salpicada de lluvia y de luz, por la que se veía la decoración del Sena y el verdor naciente de los árboles del mercado de vinos.

Toda la luz entraba por allí hacia la alcoba, todavía cerrada herméticamente, y en aquella penumbra rosada, Genoveva, con el abrigo puesto y un sombrero de violetas, iba y venía desde el cuarto tocador hasta un elegante mueblecillo que cerró cuidadosamente, después de lo cual puso la llave en la mesa de noche colocada á la cabecera de la cama. Allí, sus ojos encontraron los del joven que seguían todos sus movimientos con expresión de alegría y de gratitud apasionadas. Raimundo miró á la joven, le hizo sentar cerca de él y dijo muy bajo, con mucha ternura, mientras el chaparrón sacudía los cristales :

— ¿Te vas ya? Con este tiempo...

Era preciso ciertamente, ahora que su padre estaba obligado por su nuevo cargo á pasar las noches en el Parlamento legislativo y no iba á Morangis más que á almorzar, por lo que era natural que Genoveva estuviese allí.

— Entonces, ¿cuándo?

La joven se levantó el velo y, en la semioscuridad, inclinó hacia él su hermosa cara de tez mate y sus labios purpurinos y bondadosos.

— Por la noche, como ayer. Estaba aquí hacía mucho tiempo cuando tú llegaste. Si trabajas, trabajaré á tu lado, contigo... ¿Te acuerdas de lo bien que te repasaba las lecciones?... ¿Qué estás ahora preparando; el doctorado ó ese libro de que nos hablabas? ¡Es tan hermoso escribir! ¡Se puede hacer tanto bien escribiendo un buen libro!

— Y hasta ganar mucho dinero... Pero entretanto, hay que vivir y hacer que los otros vivan.

Genoveva imprimió un beso en sus ojos.

— Ya te he dicho, ¿verdad, Raimundo mío?... que tienes ahí, en el cajón de ese mueblecillo, treinta mil francos, el resto de mi dote, del que no tengo que dar cuenta á nadie... Ahí está la llave... Es más de lo que necesitas para pagar á tu hermano y sostener á tu familia el tiempo que tardes en escribir tu novela.

El joven se sublevó... ¡Cómo! ¿Todavía le hablaba de aquel dinero?... ¿Hasta ese punto se le creía caído?

— ¡Palabras, palabras que nada significan!... Vámonos á ver, Raimundo mío; si fuera tu mujer, ¿no aceptarías esos treinta mil francos?

— Sí, pero de ese modo solamente.

— Bien sabes, sin embargo, que no puedes casarte con una familia á tu cargo... Tú mismo me lo dijiste un día y no lo he olvidado.

— ¿Entonces?

Genoveva rodeó con sus brazos la linda cabeza rubia y rizada de su amante y con la misma ternura de siempre, aunque dando á su voz una inflexión profunda y grave, le respondió:

No me arrepiento de lo que he hecho y no te he de entristecer con una lágrima. Lo que ha sucedido debía suceder y no lo sentiré jamás, pero con una condición, y es que has de tratarme como si fuera tu mujer, que tendré todos los derechos y todos los deberes que deben existir entre dos seres que se aman, que se han entregado el uno al otro y entre los cuales todo debe ser común, el dinero como todo lo demás.

El ataque fué tan directo, tan franco, que Raimundo no supo responder más que de soslayo:

— Pero yo creía... ¿No me has dicho que destinabas esos treinta mil francos á los huérfanos de Sofía?

La joven no lo negó. Sí, si hubiera ido con ella á las Indias inglesas á fundar una sucursal del establecimiento de su amiga...

Raimundo preguntó entonces entornando cariñosamente los ojos:

— ¿Y quién te ha impedido partir?

— Tú, mala persona, bien lo sabes... Cuando volvimos ayer Casta y yo de recorrer los bosques de Senart hablando de nuestro gran viaje, encontramos á mi padre muy alterado con tu visita y con tu desesperación... ¡Ah! Raimundo mío, la idea de que eras desgraciado trastornó todas mis resoluciones, y Sofía, que lo adivinó en seguida, no necesitó que yo se lo advirtiera. En cuanto se marchó mi padre me dijo sonriendo:

« ¿Quieres apostar á que sé á dónde vas esta noche? »

Yo hubiera podido devolverle la frase en la seguridad de que ella también pasaría la noche en París, con su amigo Lupniak que sé que está aquí. ¿Dónde está escondido? Mi querida amiga no se ha atrevido á decírmelo á causa de... de...

La joven vacilaba al acabar la frase.

Bajo el bigote dorado y fino de Raimundo se dibujó una contracción dolorosa.

— Á causa mía, ¿no es eso? Siempre he inspirado á Casta no sé qué horror y qué desconfianza;... no sucede lo mismo con Tonín.

— ¡Qué quieres! Te encuentra demasiado guapo, demasiado admirado. Tonín se ha apoderado de ella por la lástima; le gusta precisamente por las cualidades de que carece; lo que no impide á Sofía el ser la mejor criatura del mundo. Escucha lo que me dijo ayer noche en la estación al despedirnos:

« Has de saber, *títa*, que he hecho las paces con Odesa; los trigos producen y soy muy rica... Mi obra tendrá siempre necesidad de ti, pero dispón de tu dinero. »

— Observa que yo te digo exactamente lo mismo, dijo Raimundo acompañando sus palabras con una tierna sonrisa... Eres tú, tú nada más lo que yo deseo.

Una vez solo, el joven se vistió lentamente, con la cabeza pesada y las manos vacilantes, en la embriaguez de aquella dicha que se le había entrado como un rayo, y tratando de poner en orden sus pensamientos un poco embrollados por tan diversas sensaciones. Ante todo sentía un agradecimiento infinito hacia la admirable joven, perfectamente honrada y hermosa, que después de haberse defendido largo tiempo de él y de sí misma, había abandonado en una noche todo su orgullo y todo su delicado pudor de virgen, solamente por haber sabido que era desgraciado. Y al mismo tiempo que mucha gratitud, había en él cierta molestia, cierto remordimiento por haber engañado á aquella pobre *títa* representando delante de ella el papel de paria de la familia, renegado y maldito por todos los suyos, y jurándola un amor eterno cuando pertenecía por completo á otra, á aquella Valfón de la que acababa de recibir dos cartas consecutivas aquella misma mañana. ¡Oh! Lo que es esta historia, había acabado por completo. Hubiera sido criminal volverla á ver. Y en cuanto se presentó la portera recibió una vez para siempre la orden de no dejar subir á su casa ninguna otra mujer que la que acababa de salir.

Aquella señora Alcide, portera y gerente de la casa, era una activa, larga, flaca y charlatana persona, con

una carilla feroz de perro ratonero y una terrible prominencia de mandíbulas, entre las cuales parecía tener siempre el fondillo de los calzones de algún organillista ó de algún ratero de sotabancos. En cuanto vió salir á Geneveva, subió para arreglar el cuarto de su nuevo inquilino, mientras le contaba las innumerables vicisitudes que había sufrido desde el año 1871. Víctima de las agitaciones políticas, Alcide Scelós, obrero cincelador y corista en los teatros líricos, después de haber sido director del teatro Nacional de la Ópera Cómica durante todo el período de la *Commune* y comandante de artillería los ocho últimos días, había escapado por milagro de los fusilamientos del cuartel Lobau, como todos sus compañeros cogidos en el Père-Lachaise en la noche de la última batalla. Pero antes de ponerse en camino para la Nueva Caledonia donde le condenaron á acabar sus días, obtuvo permiso para legitimar su unión con una bruñidora de veinte años, madre de una encantadora niña á la que adoraba el señor director.

— ¡Ay! señor Raimundo... No es por alabarme, pero me puedo jactar de haber hecho durante todo el tiempo de la *Commune* una buena directora, con guantes de diez y ocho botones, hasta el hombro, como nadie los llevaba sino la emperatriz y yo...

Había que ver el gesto majestuoso de la señora Alcide al separar la escoba que le ocultaba el antebrazo.

— La desdicha fué que en cuanto mi pobre hombre se embarcó, caí mala á consecuencia de la mala sangre criada y de los miedos que había pasado. Después enfermó á su vez nuestra pequeña y se quedó en la enfermedad, sin que yo tuviese valor para escribir á mi pobre hombre que su hija había muerto. Figúrese usted,

pues nuestra emoción, cuando, gracias á la amnistía nos vimos después de diez años en la estación de Montparnasse, rebotando gente, y él me preguntó :

« ¿ Pero dónde está la pequeña ? »

— ¡ Ah ! Qué tristes estábamos cuando subíamos juntos la cuesta de Belleville en medio de los camaradas que reían, cantaban y daban gritos de alegría, orgullosos al encontrarse de nuevo con sus familias ya crecidas. En vano nos decíamos : « No hay que llorar ; ya tendremos otros ; » no cesábamos de sollozar, como si presintiéramos que íbamos á ser padres de una criatura deforme, que no ha dado todavía un paso y tiene cuatro años y á la que su padre tiene que pasear de la mañana á la noche en un cochecillo... Mírelos usted, ahí están, señor Raimundo.

Como ya no llovía, la señora Alcide abrió la ventana del despacho y salió al balcón llamando á su inquilino. Desde aquella altura vieron adelantarse por la acera, aún reluciente del chaparrón, un cochecillo de niño, empujado por un robusto hombretón de hechuras de cargador del mercado. La capota del pequeño vehículo estaba echada y no dejaba ver el paquete blanco que iba debajo ; pero el hombre levantó maquinalmente la cabeza hacia el balcón y mostró la fisonomía enérgica de un guerrero tártaro, con grandes bigotazos bermejos y una cicatriz sesgada que le dividía la cara en dos partes.

— Ahí tiene usted al señor Alcide, dijo su mujer con respeto y orgullo.

— ¿ No trabaja, entonces ? preguntó Raimundo, extrañando la desproporción que existía entre aquel empleo de niñera y aquellos músculos de bandolero.

La señora Alcide le hizo comprender sonriendo que el antiguo director de un gran teatro del Estado, no podía cómodamente encontrar una plaza digna de él.

— Y luego, sabe usted, señor Raimundo, — su cara se entristeció al hacer esta confidencia — cuando se ha estado preso diez años, diez años en presidio, aun siendo inocente como mi marido ; cuando se ha adquirido la costumbre de obedecer á un capataz y de recibir palos, queda siempre cierto temblor, cierto encorvamiento. Mi pobre Alcide que ha tenido bajo su mando centenares de coristas y de tramoyistas, él, que llevaba la gorra de cinco galones y el cinturón rojo con franjas de oro de los miembros de la *Commune*, tiene ahora un miedo atroz del más insignificante jefe de taller. Entrar en un almacén á pedir un empleo, hablar con un guardia, con un carabinero, hasta con un cartero ó con un empleado del ferrocarril, es superior á sus fuerzas, y estoy convencida de que no se colocaría nunca si ese buen señor Antonín...

— ¡ Calla ! es cierto ; usted conoce á mi hermano, dijo Raimundo irritado ante la idea de que una vez más le iban á aplastar con la generosidad, con la superioridad del pequeño.

Se contuvo, sin embargo, y supo escuchar sin gran impaciencia el elogio de aquel excelente joven que no contento con haber propuesto al señor Alcide como vigilante en casa de Cornat, hablaba de hacer que viera á la pequeña un famoso médico amigo suyo.

— ¡ Amigo suyo !... murmuró el hermano mayor en tono de despreciativa ironía.

Y mientras pensaba quién podría ser el tal médico, la señora Alcide no se cansaba de admirar el buen

corazón de aquel joven, que encontraba medio de pensar en todo.

— La señora quiere mucho á su hermano de usted, el señor Antonín.

Raimundo levantó la cabeza.

— ¿Qué señora?

— ¿Quién ha de ser? Su señora de usted, señor Raimundo; la hermosa señora que acaba de salir de aquí. La había visto venir dos ó tres veces con su señor hermano de usted para arreglar con él las habitaciones. Por eso la dejé entrar ayer noche... ¿Hice mal?

— No, no... hizo usted muy bien, por el contrario. Y cuando yo esté fuera, esa señora es la única persona que tiene derecho para coger mi llave y entrar en mi casa.

Á pesar suyo, su voz temblaba ante la idea de que su hermano y la *tita* habían pasado tantas horas juntos y en intimidad familiar. Decididamente, estaba escrito que había de tener celos de su hermano de todos modos.

¿Era la sensación de un hombre que se encuentra completamente dueño de sí mismo, con un mobiliario nuevo y treinta mil francos en un cajón, ó era más bien la responsabilidad de aquella seria afección nueva que había aparecido en su vida? Ello fué que Raimundo experimentó aquella mañana una extraña necesidad de realizar actos viriles, de escaparse de la red de niñerías que estorbaba á su existencia. La presidencia de la A. le pareció de pronto cosa inútil y estúpida. Se dió cuenta por vez primera que desde que se creó la Asociación, los que habían hecho más ruido en las asam-

bleas del fumadero y héchose más lugar en las mesas presidenciales y en los comités, se habían evaporado al primer contacto con la vida, fundidos y aniquilados en provincias mudas y lejanas. No, aquella presidencia infantil no valía todo el trabajo que tendría que tomarse para contrarrestar los ataques pérfidos de Wilkie, ni todo el tiempo que le haría perder. Lo que había resuelto era mucho mejor.

Llegó muy temprano á la calle de las Escuelas y entró en la oficina de Alexis, el cual le copió, con su hermosa letra de empleado, dos ó tres ejemplares de una declaración en la cual el futuro presidente de la Asociación se excusaba con sus queridos camaradas del comité y de la C. O. I. por la necesidad en que se veía de renunciar á su candidatura por motivos de interés privado. Hizo fijar una copia en el espejo del fumadero, otra en la sala de armas y otra en cada biblioteca, y se rió por adelantado al pensar en la sorpresa de Wilkie cuando viniese dentro de un momento á empezar su campaña de demolición y la viese terminada tan completamente.

Liquidado este asunto, se fué á casa de su madre, á la que esperaba encontrar sola á aquella hora tan temprana. Sin confesárselo guardaba rencor á la pobre mujer por haber asistido á la humillante escena del día anterior y por haberse contentado con llorar en vez de imponer silencio á Dina. Quería pues tomar algún desquite, y sin más que ver su manera de volver la calle de la puerta al entrar en la *Lámpara maravillosa*, la viuda de Eudeline se dijo muy inquieta detrás del mostrador:

« ¡Oh! Dios mío; todavía está enfadado... »

Cerró rápidamente las memorias de *Alexandre Adriane*, y dijo poniendo los anteojos como señal en la página :

— ¿Vienes á almorzar?

No, no quería almorzar. Venía solamente á darle un beso y á sentarse un momento á su lado para hacer un pagarés y firmárselos á su hermano.

Muy tímidamente y al tiempo de darle el tintero y la pluma, la madre insinuó :

— ¿Por qué esa prisa? Ya sabes que Tonín no tiene ninguna.

— Pero yo sí la tengo, mamá, respondió el hermano mayor en tono altanero.

Y era hermoso ver la gravedad con que Raimundo fijaba á tres, seis, nueve meses sus quiméricos vencimientos ante la mirada extasiada de la viuda de Eudeline. Se oía el roce de la pluma que al correr sobre el papel sellado arañaba el silencio del reluciente y bien ordenado almacén y el frágil campanilleo de las lamparitas cada vez que pasaba por la calle un ómnibus ó un camión.

— Ahora, querida mamá, dijo Raimundo en cuanto dobló los pagarés y los metió cuidadosamente en la cartera, quisiera que me enseñases tus libros.

La buena mujer le miró asombrada.

— Sí, tus libros de comercio... Deseo saber lo que gastáis tu hija y tú, y lo que os da mi hermano para vivir.

Había dos de aquellos libros en un pequeño nicho del lado del mostrador; el del almacén, que llevaba Tonín y en el cual anotaba el número de lámparas que entraban y salían, que se fabricaban y que se vendían cada semana; y el de la casa, en el que la madre sentaba sus gastos diarios. Este último, un gran librote que Raimundo

no había abierto en su vida, como tampoco el otro, estaba admirablemente llevado y en cada una de sus altas columnas, rectas y pomposas como naves de catedral, saltaba á la vista al lado de cada cifra la explicación del gasto. Recorridas las primeras hojas, Raimundo, avergonzado y mohino, volvió á cerrar el libro con presateza, pues entre los gastos menudos que reflejaban día por día la existencia de las dos mujeres... *Tranvía, 30 céntimos... Lana de zurcir, 20 céntimos... Carbón, 15 céntimos...* venían á cada paso los gastos de bolsillo del joven, formulados de este modo : *Raim. 20 francos... Raim. 40 francos...*

La viuda de Eudeline interpretó mal el movimiento de su hijo al cerrar violentamente el libro.

— ¿Te parece que gastamos mucho? dijo con dulzura; la verdad es que podríamos pasarnos con menos.

El hijo mayor protestó. ¿Para qué reducir los gastos, puesto que él iba á ser el que pagase?

La madre le miró con angustia.

— Pero... en fin, no irás á tomarnos en seguida á tu cargo... Con su parte de beneficios en el almacén, Tonín nos mantiene con facilidad.

Sin precisar nada, pues no sabía aún qué resolución tomar, Raimundo dijo con aire de afectada dignidad :

— Eso se quedará para mi hermano y para mí y te ruego que no intervengas en ello... Lo que puedo afirmarte es que el día en que me encargue de vosotras, ni tú ni Dina tendréis por qué quejaros.

— Entonces, ¿no guardas rencor á nuestra Didina?...

La madre volvió á ocupar su puesto de costumbre detrás del mostrador y retuvo á Raimundo sentado á su lado.

— Esa niña no es mala, continuó; es tan sólo violenta, apasionada... Hace algún tiempo le suceden cosas que ignoro, pero que me atormentan... La veo triste, preocupada y sobre todo, misteriosa, pues nadie puede saber lo que le pasa, ni siquiera la *tita*... ¡Ah! Si quisieras, estoy segura de que la harías hablar.

Raimundo sonrió con amargura.

— ¿Que yo me roce con ese cardo? Muchas gracias. Todavía estoy todo arañado... Me ha hecho indisponerme con Marqués; me ha obligado á dar un paso con Marcos Javel del que ella hubiera podido encargarse tan cómodamente... y no la guardo rencor por nada de eso... Caprichos de joven bonita... Pero no me pidáis que me ocupe más en sus asuntos. Quiero solamente probar que no soy un sostén de familia honorario... Vaya dicho esto, un beso, y me escapo. Di á Tonín que vaya mañana á buscar sus pagarés; no saldré en todo el día.

La madre se colgó de él con ansiedad.

— ¿Entonces no te veré?

— No, no. Me quedo en casa; estoy trabajando.

Desfloró con una caricia las cocas grises de su madre y la dejó con los ojos mojados y la boca sonriente.

En efecto, el día siguiente no salió pero no trabajó tampoco. Por la mañana temprano, en el momento en que Geneveva se iba á Morangis, tuvieron una pequeña escena de celos... ¡Oh! casi nada; la escena que puede ocurrir á los dos días de unión. Estaban hablando de su trabajo, del porvenir, y Raimundo, todavía en la cama y conservando entre las suyas las manos ya enguantadas de su amiga, la aturdió con mil proyectos maravillosos, con esa fecundidad de imaginación que da la posición horizontal.

— Si no fuera tan largo ese estudio, intentaría estudiar la medicina.

— En eso podría ayudarte más que en otra cosa, respondió Geneveva; la he estudiado con Sofía todo el año que estuve en Londres. Trabajé á su lado y no dejé su clínica.

Raimundo pensó en voz alta:

— Es verdad; te fuiste á Londres... ¿Por qué?

Y la joven, leal como siempre, respondió:

— Para tratar de olvidarte, bien lo sabes. En París estaba demasiado cerca de ti.

— Y no has podido... Reía y la llenaba de caricias. Confiesa que no has podido.

— Mi vuelta fué una confesión... y para saber que amabas á otra.

Raimundo trató de negar. Los hombres no tienen más que esa discreción.

— ¿Quién te ha dicho eso?

— ¿Quién? Pues tú mismo, acuérdate. Tu cantante del gran mundo... para la que querías una habitación independiente... un piano...

Raimundo se ruborizó.

— ¡Oh! Eso se ha acabado para siempre.

La joven sonrió sin alegría y mirándole al fondo de los ojos, replicó:

— ¿Por qué ha de haber acabado? Sería eso tan cómodo... Yo no puedo venir más que de noche... De este modo tendrías dos mujeres, una de noche y otra de día, y no correrías el riesgo de que se encontrasen.

— ¡Oh! *tita*, ¿por qué quieres disgustarme? dijo Raimundo en un arranque de sinceridad.

Geneveva se inclinó sobre él.

— ¿Quieres darme una seguridad? Tienes un medio muy sencillo.

Y al levantarse para salir, le enseñó con el dedo el mueble que contenía los treinta mil francos que Raimundo se obstinaba en no tocar.

Lo que daba á aquel diálogo una acentuación singular era un telegrama que acababa de llegar de la señora de Valfón, anunciando á Raimundo su visita para aquel mismo día de diez á doce. Á pesar de las órdenes terminantes del día anterior, el tono apremiante del telegrama y la hora extraña de la cita no dejaban de inquietarle, y en cuanto desapareció Genoveva se apresuró á llamar á la portera para renovar y precisar sus instrucciones.

— Entre diez y doce se presentará una señora un poco gruesa, ricamente vestida y con un espeso velo... No la deje usted subir de ningún modo.

— Puede usted estar tranquilo, señor Raimundo, respondió la antigua directora de la Ópera cómica; me sucedía muy á menudo, cuando teníamos la sala Favart, tener que defender el cuarto del señor Alcide contra esas señoras... Jamás logró entrar ni una sola...

¡ Oh! qué soberbio ademán de prohibición el de aquel brazo imperial que había calzado diez y ocho botones... Á pesar de todo, el inquilino de la señora Alcide se sentía inquieto.

Hacia un tiempo blando y húmedo con un cielo bajo, un buen tiempo de concentración y de recogimiento, muy propio para estrenar aquel despacho flamante de tapizado amarillento, en el que no había ni reps, ni bronce, ni caoba, y aquella mesa de madera blanca que convidaba á escribir. Raimundo hubiera respondido de

buena gana á la invitación, pero la idea de que se aproximaban las diez y de que el coche de la señora de Valfón estaba acaso abajo, le impedía estarse quieto un instante. Con un traje de lana blanca y una boina azul en la cabeza, se asomó un momento al balcón para investigar el *boulevard* á derecha é izquierda, y vió un coche de alquiler que llegaba dando tumbos del lado de Cluny. El corazón del joven latió apresuradamente durante cinco minutos... Era ella, seguramente. El coche, en efecto, se paró delante de la puerta, pero fué Antonín quien bajó de él rápidamente, se precipitó hacia la casa y salió á pocos instantes seguido del señor Alcide que llevaba en el hombro el paquete blanco muy encapuchado. El busto de una señora gruesa, apretado en un cuerpo de punto y coronado por una capota de flores chillonas, se inclinó entonces para coger al enfermito, y Raimundo reconoció á Sofía Castagnozoff que era sin duda el famoso médico de que hablaba la señora Alcide. Pensó en seguida que la amiga de Genoveva había desconfiado siempre de él y ahora le ocultaba su presencia en París como si temiese una denuncia. Antonín, por el contrario, era confidente de todos sus secretos y sabía dónde encontrarla á cualquiera hora. ¿ Por qué tal injusticia? ¿ Qué superioridad podía encontrar una mujer inteligente é instruída como Sofía en aquel obrero ignorante y tartamudo? Una vez más le mordió en el corazón aquel frío, aquella picada de avispa de duro aguijón, que le había ya hecho estremecerse muchas veces al pensar en su hermano menor...

La rusa estaba dando una verdadera consulta al aire libre á aquella pobre gente sobre el estado de su enfermo. La señora Alcide vino á reunirse con su marido y con

Antonín en el borde de la acera y aprestó la vista y el oído para recoger las decisiones del oráculo con la ingenua credulidad de las almas sencillas.

Al cabo de un momento los dos hombres montaron en el coche y éste echó á andar por el *boulevard* hacia el mercado de vinos, mientras que la antigua directora de la Ópera cómica volvía á entrar en su portería enviando de lejos besos y reverencias al famoso médico y al pequeño paquete blanco que se llevaba el coche. Evidentemente, Sofía había encontrado más cómodo llevarse el enfermo á su casa para examinarle. Pero ¿por qué extraña anomalía se entregaba con tanta confianza á aquel matrimonio hablador é indiscreto como lo es siempre la gente del pueblo? ¿Por qué introducir en su casa á aquellas personas y tener á Raimundo á tal distancia? Así pensaba maquinalmente, apoyado en el balcón cuando sonó detrás de él un acorde del piano, profundo y sordo como el eco de una avalancha, y una soberbia voz de contralto que entonaba la conocida canción favorita de la mujer del ministro.

Empujó la ventana y se detuvo aterrorizado. La señora de Valfón estaba sentada al piano, sin nada en la cabeza y mostrando las ondas de oro de su cabellera que brillaban sobre un cuerpo de paño de talle tan correcto como el de una mujer de treinta años. Los guantes, el sombrero, muy pequeñito como aquel año exigía la moda, el velo doble y una sombrilla deliciosa de precioso puño, estaban sobre la mesa mezclados en confuso desorden con los libros y los papeles. Sin interrumpir la nota ni cesar de cantar, la mujer del ministro se volvió, ligera y cariñosa, y ofreció á Raimundo sus labios entreabiertos.

En verdad que después de lo que acababa de jurar á Genoveva, después de aquel abandono tan completo y tan generoso que la *tilla* le había hecho de sí misma, la traición era odiosa. Pero ¿había medio de escapar á ella? El joven lo hubiera deseado muy seriamente.

— ¡Cómo! Usted... tú... exclamó en el primer momento de embarazosa sorpresa.

— He dejado el coche en la esquina del *boulevard* y del muelle... Abajo no había nadie. Me habías dicho piso cuarto... He subido, he encontrado la llave en la cerradura, he cerrado por dentro con dos vueltas, y aquí estoy.

Después añadió con una curiosidad muy femenina :

— Es bonito nuestro nido.

Fué preciso enseñarle toda la casa en detalle, y la alcoba y, sobre todo, el tocador en forma de proa de piragua, le hicieron mucha gracia. Se puso en seguida á hacer proyectos de arreglos, de embellecimientos — un antepecho de terciopelo en el balcón, la cocina transformada en cuarto de baño y de hidroterapia — como si se tratara de un refugio alquilado expresamente para ella. El embarazo de Raimundo era muy visible, pero la de Valfón se le explicó por un exceso de delicadeza... Es demasiado pobre, pensó, para ese aumento de gastos y demasiado orgulloso para aceptar nada de una... La dama le tranquilizó; no, no había que cambiar nada; todo lo encontraba delicioso en aquel asilo de hadas. ¡Lástima que no pudiera venir todos los días!

Esa frase hizo enrojecer á Raimundo porque le recordó la de Genoveva, la de las dos mujeres tan cómodas, una de día y otra de noche. Aquella infamia le sublevaba, y sin embargo, una hora después de sus be-

llos juramentos, su mujer de día, apretada violentamente contra él, le preguntaba muy bajito :

— ¿Sabes lo que me recuerda esta oscuridad rosada que nos envuelve?

Raimundo pensaba como ella en la primera cita del *boulevard Beaumarchais*, pero antes de que tuviera tiempo de responder, un violento campanillazo retumbó en toda la casa, y la voz de Antonín dijo en el descansillo de la escalera :

— Abre... Soy yo.

— Mi hermano, no tengas miedo, dijo el mayor de los Eudeline á la señora de Valfón, pálida de espanto... No me acordaba de que debía venir.

— ¡Ah! sí, ese infeliz de que me has hablado...

La de Valfón recordaba la historia conmovedora del hermano envilecido, caído hasta la embriaguez, y llena de lástima y de admiración por el mayor.

— Pobre amigo mío, murmuró. Puede que sea indispensable que hables con él. Anda, ve, te lo ruego.

Raimundo dudó si la dejaría en ese error, pero el orgullo pudo más en él. Después de todo su hermano menor iba tomando la fastidiosa costumbre de ajarle, y no le pesaba tener en aquel momento la oportunidad de darle una lección enseñándole que todas las mujeres no se parecían á Sofía Castagnozoff y que no todas preferían un obrero dedicado á la colocación de campanillas á un hombre instruído y elegante. Aquello era bueno para los tiempos de Jorge Sand y de los *Compañeros del Tour de France*.

— Será preciso que vuelvas, querido Tonín, porque no puedo recibirte en este momento. Tengo alguien ahí dentro.

El hermano mayor, que había salido á la antesala, acompañaba sus palabras : « tengo alguien ahí dentro » con pequeños guiños de ojos y una tosecilla significativa ; pero Tonín respondió sin comprender nada, con su espalda redonda y sus brazos oscilantes en la blusa de obrero :

— Bueno ; ya volveré.

Raimundo le detuvo.

— Espera, ven por aquí ; tengo una cosa que darte.

Entraron en el despacho, y no se puede imaginar nada más conmovedor que la timidez de aquel muchacho, arrastrando las pesadas botas por la alfombra, entre aquellos muebles escogidos y pagados por él, pero transfigurados por la presencia del hermano mayor, por la idea de que allí vivía y allí trabajaba.

— Mira, mira, chico, dijo Raimundo en voz baja.

No pudiendo enseñarle su mujer del gran mundo, quiso que su hermano admirase el sombrero de rosas y de encajes y la preciosa sombrilla de puño de oro sembrado de esmeraldas. Aquello era realmente lo que á él le gustaba de la señora de Valfón, su lujo y su tocado, y creía que Tonín tendría los mismos gustos de vanidad. Su actitud decía claramente :

« Mira y rabia de envidia. »

Cuando lo hubo mirado todo, Antonín exclamó lleno de admiración, con su pobre voz balbuciente :

— ¡ Cáspera ! ¡ Qué elegancia !

Después añadió en el tono más natural :

— Si con todo esto la señora es joven y tiene... en fin... el... el... debe ser un buen bocado.

El hermano mayor alzó los hombros con desprecio y tomó del mueblecillo entreabierto los pagarés que tenía preparados.

— Aquí tienes el importe de tus muebles, dijo entregando los papeles á Tonín; más adelante arregla remos el resto. Ahora, vete pronto; me estás estorbando.

El muchacho se quedó inmóvil, mirando alternativamente á Raimundo y á los pagarés que temblaban en su mano. No se atrevía á decir nada y se sentía á dos pasos de romper á llorar.

— Yo te lo ruego, Raimundo, guarda estos papeluchos... el... el... en fin, creería que estabas aún enfadado.

El mayor se irguió, con la boca malévolá y satisfecha. Aquel era el desquite que esperaba y sus mejillas se colorearon de satisfacción :

— ¡ Basta! El otro día me diste una lección que no se me ha olvidado.

— ¿ Una lección? ¿ Yo, á ti? ¡ Oh!

Aquella entonación tan tierna y aquellos ojos preñados de lágrimas pedían gracia y Raimundo se dulcificó.

— ¡ Qué diablo! Tonín; te debo ese dinero y es preciso que te lo pague... Te doy pagarés, pero si quisiera...

Cogió á granel en el cajón de los treinta mil francos unos billetes azules que enseñó á Tonín, y dijo ante el aspecto asombrado del muchacho :

— Un adelanto del editor por el libro que voy á escribir. Ya ves que no me pones en apuro.

— ¡ Ahí es nada! dijo el hermano menor, todo aturrido al ver lo que producía la literatura. Giró sobre sus anchos tacones y se fué radiante, con un ingenuo respeto grabado en su noble fisonomía.

En la vecina alcoba, uniendo lo poco que acababa de oír con lo que ya conocía de los dos hermanos, y escuchando aquellos pasos vacilantes y pesados y aquella humilde voz de obrero que le pareció pediguña, la

señora de Valfón, sentimental como todas las de su edad, reconstituyó la escena á su modo y cuando Raimundo volvió á reunirse con ella la encontró toda emocionada, con los brazos abiertos y murmurando con ternura :

— ¡ Ah! ¡ Pobre Raimundo mío! ¡ Cómo llevas la cruz, la pesada cruz de la familia! Llorá, ¡ oh! llorá en mi seno...

Sentada al piano, con la chaquetilla clara puesta sobre los hombros desnudos y dando esplendor á la blancura de sus brazos, la mujer del ministro pensaba en alta voz, mientras sus dedos recorrían distraídamente el teclado :

— ¡ Ah! Si yo tuviera tu talento, también yo escribiría mi novela... Cuánto me aliviaría contar el drama de mi existencia con ese miserable... Coger á Valfón, ese hijo de comediante, que lo es mil veces más que su padre; mostrarle en su vida pública encaramándose á la tribuna de la Cámara con la mano en el corazón y prodigando con voz mentirosa las palabras Patria, Honor, Conciencia, República, deshonradas por su boca y masculladas por él sin cesar como puntas de cigarro; y luego mostrarle en su casa, burlón y cínico, despreciándolo todo, escupiéndolo todo, sin pensar más que en manchar, en sembrar la depravación, y siempre con la idea fija de su hijastra, que le trastorna, que hace temblar con más fuerza sus manos seniles, que hace contraerse su menuda cara y dá á sus ojos viciosos un perpetuo estravismo... ¡ Pobre Florencia mía! ¡ Pensar que hace cinco años que dura ese martirio! Cinco años durante los cuales tengo que acostarme en su cuarto para evitar que entre en él su padrastra... Y sé bien que nada le

detendrá;... el deber, la moral; hermosas palabras para la tribuna... ¿Las leyes? Es él mismo quien las fabrica... Hubo un momento en que esperé que el matrimonio de Florencia...

Se calló de repente y solamente el piano siguió murmurando.

— Pero, en realidad, ¿cómo se rompió ese matrimonio?

La de Valfón le miró estupefacta.

— Entonces, ¿no sabes la aventura de Claudio? ¿Ignoras que Claudio Jacquand está enamorado como un loco de tu hermana Dina desde la noche del minué?

— La pequeña no nos ha dicho ni una palabra, ni á mí, ni á nuestra madre, ni á nadie... ¡Es fuerte cosa el silencio de esa muchacha!

Y el joven murmuró tiernamente, rozando su mejilla con las carnes aterciopeladas de su querida:

— ¡Cuánto has debido maldecirme por el daño involuntario que os he causado!

La de Valfón le estrechó con transporte.

— ¡Maldecirte! ¡Ah! niño querido... No tengo á nadie más que á ti en el mundo, tú eres mi aliento y mi vida... ¿Se puede maldecir al que nos ha creado!... Y añadió en portugués: ¡Ay! alma mía!

El francés no bastaba á aquella mujer para expresar toda la temperatura de su pasión y buscaba las palabras en la lengua de su juventud...

— Lo mismo da; la existencia está llena de cosas sobrenaturales, continuó Raimundo, apenas desprendido del abrazo... Ha bastado que Dina entrase una noche en vuestra casa, como por sorpresa, para que todo lo que debía suceder no suceda... ¡Y ese Dejarine, que se

deja degollar precisamente en el cuarto contiguo al nuestro! Pero no es eso sólo... Conozco á Lupniak, al hombre á quien se acusa, y podría atestiguar que es él el culpable... Hasta sería mi deber... Le he visto un minuto después del golpe andando por el borde de la cubierta, como un sonámbulo... Nuestros ojos se encontraron y él demostró que me conocía con una infernal sonrisa... No hay más sino que si yo declarase eso á la justicia, tendría que decir lo que hacía allí, con quién estaba...

— ¡Virgen santa! suspiró la de Valfón con los labios exangües.

Pero Raimundo la tranquilizó.

— Para impedirme hablar estás tú, ante todo... Luego, el tal Lupniak, que no es más que un asesino vulgar, tiene como amiga á esa criatura excepcional, Sofia Castagnozoff, cuya sublime caridad te he encomiado tantas veces. Á punto de partir para las Indias inglesas, donde va á fundar hospitales como los que tiene en Londres, estoy seguro de que no demora su viaje más que para hacer que se escape Lupniak, que debe estar escondido en algún agujero detrás del Panteón. Eso también me ata y me hace imposible toda revelación.

En el intervalo de silencio que siguió á esas palabras dieron las doce en todas partes, en medio de una brillante luz que inundaba los cristales con su resplandor. La ministra se levantó, metió vivamente los brazos en las mangas de la chaquetilla, y antes de arrancarse á su placer, se detuvo un minuto, con los ojos medio cerrados, y las cejas arqueadas, mientras que sus pequeñas manos acariciaban con un ademán involuntario el puño blanco y blandamente redondeado de su joven amante